

Francesca Piana

## DE GOLONDRINAS Y CAMPANARIOS A OTROS MUNDOS

Cada vez que escucho el canto gregoriano me remonto a mi niñez. Con frecuencia digo que nací en la Edad Media. Quito, la ciudad de mis primeros recuerdos, era una ciudad verde, olor a eucaliptos que poblaban las laderas de las altas montañas que la rodean. El cielo era azul, el aire claro y las inmensas nubes cúmulus que llegaban por la tarde, cambiaban de color con el pasar de las horas. Mi hermana y yo nos entreteníamos diciendo que Dios estaba tomando helado de vainilla o helado de fresa de acuerdo al color que tenían las nubes.

Mis días empezaban con campanas y terminaban con golondrinas. El tintín y el tontón que se escapaban de los campanarios de las múltiples iglesias de la ciudad, llamaban a misa a las viejecitas que vestidas de negro se escurrían por las aceras bordeadas de muros blancos, protegiéndose del frío viento andino. Por las puertas semi-abiertas de las iglesias se elevaban alargándose las plegarias olor a incienso.

Cuando estuve en la escuela primaria, me encantaba quedarme allí al terminar las clases, esperando escuchar el Salve Regina cantado por las monjas que desfilaban por el claustro, proyectando su sombra gracias al oblicuo y moribundo sol de las seis de la tarde ecuatoriana.

Me enseñaron con escrupulosa puntualidad a seguir los mandamientos, a creer en el cielo como recompensa, en el infierno como castigo y a amar el sacrificio para obtener la perfección. No había televisión y disfrutábamos de pocos juegos y deportes. Solamente después de cumplir catorce años, se me permitió ir al cine de vez en cuando. En el colegio íbamos a misa regularmente y decíamos el rosario cuando las golondrinas regresaban a sus nidos al caer de la tarde. Los domingos, Monseñor Sino, nuestro capellán italiano, nos detenía para practicar el canto gregoriano.

En mi hogar, la figura de mi tía abuela era el centro de muchas tradiciones de nuestra familia. Estas se celebraban de acuerdo al calendario de la iglesia católica como, nos narra la historia, era la

costumbre de los hogares medievales europeos. El 26 de julio, por ejemplo, se celebraba el día de Santa Ana invitando a doce pordioseros de la ciudad a compartir nuestra mesa. Mi hermana y yo llevando el vestido más bonito que nos habían dado ese año servíamos a los pobres. La navidad era una época del año alegre y ocupada. A la novena asistían amigos y vecinos; cantábamos villancicos alrededor del piano, y pasábamos días relleno de bolsos con dulces y galletas para repartirlas a los niños pobres en nochebuena.

Cuando era pequeña tenía una necesidad obsesiva por la proximidad de mi madre, quien disfrutaba de mi apego porque ella era una persona tímida y callada. Separarme de ella era inconcebible; me parecía tan imposible como alterar el orden del universo. Sin embargo, al cumplir dieciocho años me alejé de casa para continuar mis estudios. Había heredado de mi padre un amor sin fronteras por la libertad. Ella, mi madre, me permitió marcharme para enseñarme que el amor es generoso.

Los cambios implican un crecimiento, y la madurez me habría llevado a otros niveles de conciencia, aunque no hubiese salido de casa. Había nacido con gran curiosidad; necesitaba ampliar mis horizontes; tenía sed de conocer el mundo. En el espacio de poco tiempo el ambiente que me rodeaba dio una vuelta de ciento ochenta grados y me encontré en la California de los revolucionarios años sesenta.

De un mundo de visión absoluta, de respuestas concretas, de estructuras y colores definidos, un mundo casi permanente e incambiable, me encontré en un mundo de cambios constantes, un mundo opaco, de confusión, relatividad y moralidad relajada o no existente, donde todo tipo de comportamiento humano era aceptado o ignorado con igual indiferencia. La sociedad puritánica anglosajona de ayer, a la que pertenecían mis compañeros universitarios se desgranaba a trozos y desaparecía al contacto de nuevas modas. La juventud se despertó un día inyectada de rebeldía, retando todas las pautas de la sociedad establecida. El placer era la meta; las drogas y la libertad sexual eran el camino. Querían vivir intensamente y experimentar todo. Un mundo sin límites ni barreras, sin obligaciones ni responsabilidades era su fin. Nadie quería estar atado a tradiciones, sociedad o familia.

En medio de este carnaval de pasiones y sensaciones, ataúdes con cuerpos jóvenes despedazados por metrallas y por bombas empezaron

a llegar de Vietnam a puertos norteamericanos para ser enterrados en cementerios cubiertos de césped meticulosamente cuidados.

¿Qué pasó con las campanas de mi niñez? ¿A dónde se fueron las golondrinas de mis atardeceres quiteños? Nada de lo que aprendí en el Quito conventual de mi niñez me había preparado para el mundo rebelde y sediento de placer que me rodeaba en la California de los años 60. Todos los esquemas y parámetros de referencia caían como una cascada de cristales rotos. Vi a muchos jóvenes desgastados por las drogas que pululaban por las avenidas alrededor de la Universidad de California en Berkeley y en el distrito de Haight-Ashbury en San Francisco. Con la revolución sexual fui testigo de cómo muchachos y muchachas comerciaban con su cuerpo anunciando a voz en cuello los placeres carnales que eran capaces de brindar al mejor postor.

Mis dos mundos, el de ayer y el del presente chocaron. De algún modo llegué a entender, sin embargo, que, aunque mi mundo anterior había sido muy bello, era un mundo incompleto. Me di cuenta entonces que el verdadero mundo no estaba hecho de ángeles que flotaban en cielos rosa, sino de seres humanos sujetos a pasiones, deseos, enfermedades, luchas y muerte. Pero tuve miedo. Miedo de contagiarme del sufrimiento y el dolor al que se sometía mi generación buscando el placer desmesuradamente. Pero, no fue el libertinaje lo que más me sacudió el alma. Una angustia existencial se apoderó de mi cuando me di cuenta de la relatividad del mundo y de la ausencia de lo absoluto.

Viví varios años en el vacío, incapaz de encontrar una síntesis de mis vivencias que me permitiera dar sentido a la vida. De todos modos, en el fondo de aquel río revuelto me sentía agradecida por la dualidad de mi experiencia.

Simultáneamente, otros hechos que estaban ocurriendo exigieron prioridad en mi conciencia. Un nuevo idealismo, un nuevo sentido de hermandad estaba en el aire. Eran los años en que la lucha por los derechos civiles y los derechos humanos se cambiaban de promesas a realidades en los Estados Unidos. Esos fueron los años de Martin Luther King y Robert Kennedy. Los graduados universitarios norteamericanos ya no buscaban el éxito en negocios de la Bolsa en Wall Street. Ansiaban viajar a lugares remotos para servir en el Cuerpo de Paz o trabajar con los pobres y la juventud marginada de los suburbios de las grandes metrópolis. Irónicamente, esa fue la época menos materialista que

recuerdo. Nos sentíamos cómodos con un par de bluejeans, y nos avergonzaba la prosperidad económica del país donde vivíamos. Una verdadera revolución basada en los derechos humanos y la justicia parecía aproximarse. Ni Marx ni Jesús, un libro de un filósofo francés, Jean Francois Revel, en el que analizaba el nuevo idealismo norteamericano como una alternativa a los fracasos del cristianismo y del marxismo era un símbolo de nuestra esperanza.

Si no me hubiese afectado el fervor por los derechos civiles de los negros en la década de los sesenta, me habría mantenido –quizás por mucho tiempo – al margen de que el mundo no debe estar dividido entre ricos y pobres, blancos y negros, etc. La miseria había estado siempre allí, a las puertas de mi experiencia inmediata. Crecí viéndola en las agobiadas espaldas de los indígenas andinos, pero no me había sensibilizado a su existencia. Muchos que no han tenido mis oportunidades, aun hoy dividen a los seres humanos en mejores y peores de acuerdo a su situación económica o a su raza.

Durante mis viajes llegué a la conclusión de que el complejo de superioridad existe en todas las latitudes. Los ingleses se sienten superiores a los irlandeses, los suecos superiores a todos sus vecinos escandinavos, los alemanes del norte se creen mejores que los del sur, los parisinos mejores que los provincianos franceses, los canadienses que hablan inglés, mejores que los que hablan francés, los japoneses mejores que los coreanos, los hindúes superiores a los mahometanos en la India, los chinos que hablan mandarín, mejores que sus hermanos que hablan cantonés, etc.

La síntesis de mi mundo me ha enseñado que el fanatismo, el racismo, el sentido de superioridad, es más la expresión de nuestra inseguridad cuando no lo es de nuestra inferioridad. Empecé a admirar a la gente no por lo que tiene sino por lo que es y a detestar fronteras, nacionalismos, regionalismos, otros ismos y todos los adjetivos con los cuales limitamos y restringimos a los seres humanos. Llegué a la conclusión de que el ser humano no sólo se merece un lugar bajo el sol en la tierra. Es el planeta y no una parcela de tierra con un nombre arbitrariamente impuesto por un accidente histórico, el hogar del hombre.

Es una tontería hacer comparaciones absurdas, encomiando aquello y denigrando lo otro. La belleza está en la admirable variedad y

diversidad de nuestro mundo y allí cabemos los altos y los bajos, los agraciados y los feos, los del norte y los del sur, los del este y los del oeste. Empecé a verme en otros y me di cuenta que ninguna nación, raza o individuo tiene monopolio del bien o del mal; todos estamos hechos con los mismos ingredientes; depende de cómo los mezclamos para elevarnos o denigrarnos.

Necesitamos, sin embargo, un cambio estructural fundamental en la educación para que ésta nos nivele. Una educación que nos enseñe a pensar: esto es a investigar, indagar el por qué, para qué, cómo, cuándo, dónde de todo lo que nos rodea. Una educación que cada momento nos haga maravillarse ante la creación, ante nuestra propia existencia, el planeta y el universo del que somos una ínfima parte. Una educación que rechace anquilosadas y bombásticas afirmaciones que se repiten de memoria sin que en ellas intervenga la razón y la lógica.

Descubrí que los humanos magnificamos las faltas de los otros para esconder las nuestras; que el deseo de poder y fama que tenemos no es sino una expresión equivocada de nuestro deseo de inmortalidad. Me di cuenta que el amor es sacrificio y no placer, y sobretodo, la capacidad de dar la felicidad a otros aun a costa de nuestra propia satisfacción. Aprendí que la base de la vida civilizada y de toda moralidad es el respeto - la reverencia por todo lo que nos rodea -, y que el tiempo mejor empleado es el que se usa perdonando y no buscando venganza. Aprendí también, cuan limitados somos los seres humanos; aun acciones hechas con las mejores intenciones pueden defraudarnos y conducirnos al fracaso. Comprendí que la vida puede tener significado sólo cuando se la comparte con otros; una vida sin testigos no es vida.

Hace muchos años tuve un terrible accidente en una autopista californiana. Los coches seguían circulando con velocidad asombrosa mientras yo yacía en medio de la destrucción del mío. Sólo una mujer negra se detuvo para ayudarme. En otra ocasión, al regresar por la noche de un viaje, mi coche se quedó sin gasolina en una zona peligrosa de la ciudad donde vivía. Petrificada del miedo, no sabía qué hacer. De las sombras surgió un hombre negro que me ayudó a conseguir gasolina. Asegurándose de que el coche marchaba, se despidió diciéndome repetidas veces: "Tenga cuidado señora". Aunque nunca supe los nombres de estas dos personas y nunca los volví a ver, soy testigo de su bondad.

Entendí que para aprender se tiene que ser humilde; no hay espacio para descubrir lo nuevo en el cerebro del orgulloso que piensa saberlo todo. Sobretudo, me di cuenta de que hay necesidad de compasión en el mundo, que no es la tolerancia por el mal. La compasión debe conducirnos a esperar y exigir la superación del ser humano para que alcance el grado más alto de su potencial.

Aprendí que el ser humano puede ser su peor enemigo; nada en el mundo creado es malo: hacemos las cosas malas de acuerdo a cómo las usamos o las abusamos.

Todo esto y algo más que queda en el tintero aprendí cuando se asentó la polvareda del enfrentamiento de los mundos que han formado mi experiencia. Se unificó el mundo; se convirtió en el patio donde ni las golondrinas de mi inocencia, ni las sirenas estridentes anunciadoras de tragedias y de muerte son ajenas a mi conciencia.

Han pasado décadas desde los días conflictivos de mi juventud, cuando rayos de esperanza para que triunfe la igualdad y hermandad humana empezaron a brillar. Desafortunadamente, esos rayos no han llegado a su esplendor, y vemos con dolor que para millones de personas los derechos humanos siguen siendo un espejismo.